

EL DESTINATARIO

Marco Tulio Cicerón nació el 3 de enero del año 106, a. C., en Arpino, muy cerca de Roma. Su madre fue Helvia, de origen patricio. De su padre, en cambio, se dice que se crió en un lavadero. Por lo tanto, hasta no llegar al senado, Cicerón era *homo novus*.

Siendo ya célebre su nombre en el foro, decidió salir de Roma con el propósito de cuidar su salud, aunque también se cree que huyó por temor a Sila después de haber defendido exitosamente a un tal Roscio, a quien los amigos del dictador querían despojar de su herencia.

A su regreso, buscó y ganó la cuestura, la cual ejerció en Sicilia.

Durante un quinquenio se encargó de muchísimas causas y se movió entre los principales abogados. Siendo edil electo, litigó contra Hortensio cuando los sicilianos acusaron de asesinato, latrocinio y malversación de fondos al gobernador saliente Verres. Hortensio era, a la sazón, además de cónsul electo, abogado experimentado y poderoso, en tanto que Cicerón diez años más joven que él, ni siquiera podía imaginarse que siete años después habría de aspirar y llegar a la máxima magistratura; con todo, en representación del Estado, venció a Hortensio en el caso contra Verres y llevó al exilio al acusado.

Por su persistencia e industria en los litigios y por la calidad de su discurso se ganó las voluntades de todos, y logró incluso convertirse en cónsul y desarmar la famosa conjuración de Catilina.

Después de su consulado, exceptuados los de su destierro, trabajó durante doce años asociado con Hortensio.

En la guerra civil, la de Pompeyo contra César, Cicerón se alió en el lado del primero, aunque pronto se desilusionaría de su

participación, al ver que en las filas reinaba la codicia de los particulares, y que incluso el consejo público era excluido de los asuntos de la paz.⁶

Volver a César no le era fácil; incluso el regreso físico a Roma estaba tan lleno de riesgos, que Ático le aconsejaba que lo hiciera de noche.

En general, a Cicerón le faltó inteligencia política. Por ejemplo, cuando destruyó la propuesta de ley agraria de Rulo, impidiendo, desde su punto de vista desde luego, un atentado faccioso contra la propiedad pública y privada, no ofreció ninguna medida alternativa que favoreciera al pueblo, contentándose con servir a los oligarcas,⁷ o acaso con el aplauso a su egolatría.

En cuanto a las estrategias de su campaña electoral, no hay mejor documento que, precisamente, el *Commentariolum petitionis* de su hermano. Se dejan ver, en esta carta, auténtica o no, todas las desventajas en que se hallaba Cicerón en su candidatura para el consulado; pero también la importancia de la elocuencia en este campo, de la afición de publicanos y équites al candidato; la voluntad de los nobles, la concurrencia de los jóvenes, la gratitud que debía arrancarse de quienes alguna vez hubieran sido defendidos por el candidato en su calidad de abogado; la multitud de gente que por su causa veniera de los municipios a la ciudad; que los hombres hablaran bien del candidato y estimaran que él los conocía, que les hablara cortésmente, que les pidiera asidua y diligentemente, que fuera benigno y liberal; que su casa se colmara de gente hasta entrada la noche; que se presentara concurrencia de todas las familias; que su discurso satisficiera a todos; su obra, a muchos; hasta lograr, no que su fama llegara al pueblo, sino que el pueblo mismo asumiera como tarea propia su campaña electoral (*Commentariolum*, parágrafo 50). En resumen, la indignidad a que Cicerón tuvo que enfrentarse para conquistar su propósito.

⁶ Cic., *At.*, XI, vi, 5.

⁷ Bertolini, pp. 283-284.